

En torno a la cuestión del método*

El método siempre ha sido una cuestión fundamental. O por lo menos, en la historia escrita, en la historia de la sociedad de clases. Desde los pitagóricos y Platón, pasando por Descartes, Bacon, Petti, Smith, Ricardo, Comte, Marx, Pareto, Tönnies, Simmel, Levy Bruhl, hasta llegar a Keynes, Parsons, Dahrendorf, Sartre y Althusser, todo pensador serio ha requerido definir "su" método. ¿Por qué "su", entrecomillado? Porque no hay método de individuos. De la misma manera que no hay filosofías individuales, ni ideologías particulares. El método no es sólo un problema científico o epistemológico, es sobre todo, un problema social. Es, además, un problema político. Un problema político que se disfraza de cuestión científica. Y ello ya implica un doble disfraz. El problema del método es tan sólo la mitad de una cuestión más genérica. De la misma manera que no pueden desvincularse *forma* y *contenido*, *objeto* y *sujeto*, etcétera; así, *método* y *ciencia* constituyen una unidad de contrarios dialécticos.

El camino —dado el punto de partida— tiene que ser congruente con el hipotético punto de arribo. Pero, como en ciencia social ni siquiera se está de acuerdo sobre el punto de partida, las cuestiones de "¿a dónde?" y "¿por dónde?" se multiplican. Y esta multiplicidad encierra con-

tradiciones. Contradicciones que, al hacerse explícitas, revelan que, en efecto, no estamos todos parados en el mismo sitio (lo que en geografía es cierto, no lo es en sociología), ni, por consiguiente, queremos ir al mismo lugar. De ahí que, en forma evidente, nuestros caminos no sean los mismos. Pero el que partamos de distintos lugares y sigamos distintos caminos, no quiere decir que no nos encontremos frecuentemente. Los senderos del método en ciencia social (vágaseme el pleonasma), a diferencia de lo que sucede en el *Jardín*, de Jorge Luis Borges, no sólo se bifurcan, también convergen y se cruzan.

Marx decía, en su prólogo a *El capital* que "en economía política la libre investigación científica tiene que luchar con enemigos que otras ciencias no conocen. El carácter especial de la materia investigada levanta contra ella las pasiones más violentas, mezquinas y repugnantes que anidan en el pecho humano: las furias del interés privado" (citado por Zurawicki, p. 194). Esto, sin embargo, no sólo ha sido cierto de la Economía Política, sino que, en uno u otro momento de la historia, ha sido valedero para cualquier otra ciencia. Esto lo sabían los pitagóricos y lo vivió Galileo, y lo sufrieron Giordano Bruno y Miguel Servet.

El libro que Seweryn Zurawicki ha escrito sobre el tema, es

* Seweryn Zurawicki, *Problemas metodológicos de las ciencias económicas*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1972, 208 pp.

un trabajo muy desigual. Más que referirse a los *problemas metodológicos de las ciencias económicas*, nos presenta una superficial panorámica del pensamiento filosófico, económico, sociológico y praxeológico. Con dificultad podría decirse que el suyo es un trabajo profundo; por lo contrario, con un enciclopedismo positivista y, hasta cierto punto, acrítico, pasa rápidamente revista a las ideas de una enorme lista de pensadores individuales; pero, sin descubrir y hacer evidentes algunos hilos conductores, algunos temas claves, algunos problemas metodológicos esenciales. Hay, de cualquier manera, algunas partes del libro que por sí mismas valen, por ejemplo la dedicada a *El capital* (pp. 160-168). Pero, en su conjunto, el trabajo no pasa de ser mediocre e internamente contradictorio.

Zurawicki, desde su prólogo, se declara partidario del método marxista en el estudio de los fenómenos económicos; sin embargo, a todo lo largo de su exposición no se advierte la cualidad fundamental de quienes han creado y desarrollado este método: la crítica de las condiciones reales. Todo tiene un cierto aroma académico, de naftalina, etéreo, semicléctico y positivista, que lo hace pasar por alto toda alusión seria a la realidad. En el capítulo referente a "*lo específico del pensamiento económico*" (pp. 20-44), se hilvanan, una tras otra, a lo largo de veinticinco páginas, vulgaridades y lugares comunes sin mayor trascendencia. Y casi a todo lo largo del libro se trata

de "justipreciar" algunas técnicas de programación, de planificación, de administración, de investigación, etcétera; aunque pasando por alto la precisión del significado social, histórico, político, de clase, de dichas técnicas. La crítica, cuando se da, se limita a los aspectos puramente epistemológicos o metodológicos, sin lograr plantear que estas objeciones, aunque importantes, por sí solas no tienen mayor importancia. La "crítica marxista" de Zurawicki pierde así toda vitalidad y se encierra en un medio, cuyo aroma hemos definido antes.

En el trabajo que comentamos, al igual que en la casi generalidad del "marxismo" soviético o de influencia soviética, se sigue sosteniendo la prioridad de lo económico sobre lo político y lo ideológico, expresando y *reproduciendo* con ello las peculiares formas de alienación que la economía capitalista produce. Situaciones como ésta, que colocan en posición determinante "la base material de la construcción del socialismo", convierten a este objetivo, no en un propósito consciente, políticamente elegido, sino en una nueva forma de ruptura entre los hombres y sus formas y relaciones de autoproducción. El socialismo deja de ser un proyecto subjetivosocial para convertirse en un mero fenómeno objetivonatural.

Pese a ello, el libro en cuestión es útil. Y tomando en cuenta sus limitaciones, puede servir como una buena introducción al tema.
ROBERTO CASTAÑEDA.